

**Faraldo, José María (2020). *El nacionalismo ruso*. Báltica Editorial: Madrid.**

JUAN IGNACIO TORRES MONTESINOS, *Traductor: Investigador Independiente*  
juignatorres@gmail.com

Received: December, 14 2021.

Accepted: December, 31 2021.

Durante los meses de marzo a junio de 2021 se celebra en el Centro José Guerrero de Granada la exposición *Solo*, del fotógrafo argentino Matías Costa. Los barcos inmóviles en el puerto de Las Palmas de Gran Canaria tras la disolución de la URSS en 1991 componen una sección denominada *Cargo*. Entre la flota, el retrato de la nave *Kaliningrado* acaso sea ejemplo de la “visión poética de los materiales desgastados” afirmada en el texto introductorio de la muestra. El contrapunto a esta quietud latente y desesperada es el libro de José María Faraldo reseñado en estas páginas. Mientras los barcos varaban y la obsoleta identidad soviética se difuminaba, acontecía su reemplazo por el pujante nacionalismo ruso.

La obra del profesor Faraldo, titulada *El Nacionalismo Ruso Moderno*, aborda el proceso constructivo de la identidad rusa. El análisis establece la premisa inicial de que la sucesión entre la URSS y la Federación Rusa es “un *continuum*” (p. 8). Sin que se percibiera un vacío rupturista en el espacio post-soviético, la identidad soviética trastocó en un nacionalismo ruso sustentado en la nostalgia por un pasado de grandeza. El autor se interroga por la causa de que el nacionalismo soviético no pudiera “detener la destrucción de la URSS” (p. 10) y, sin embargo, se haya “recreado” en un sentimiento nacional forjado, principalmente, durante el mandato de Vladimir Putin. Dicha *recreación* vislumbra la travesía de una pretendida idea nacional que ha derivado a un imaginario diferente en un territorio disminuido por la escisión de las ex-Repúblicas soviéticas. “La reconstrucción del orgullo” ruso (p. 7) no ha adoptado un perfil excluyente sino que se ha logrado “conjuntado la bandera roja con la tricolor rusa” (p. 10).

El intercambio comienza a anticiparse en el bienio 1989-1991 constatando el declive de la identidad soviética. Alexander Iskenderov, director de la revista *Voprosy Istorii*, afirmaba en 1990: “«Lo que está claro es que, sin la nación, sin el pensamiento no podremos vivir todavía mucho tiempo»” (p.75). En definitiva, “la todavía (relativa) potencia de la imagen soviética ya no servía para aglutinar a la población” (p. 79). La categoría de ser soviético no ejerce, en este momento de la *perestroika*, como poder vertebrador del Estado y los ciudadanos no reconocían en dicha condición la razón de pertenencia. Sin embargo, la disgregación de la URSS no adoptó cauces violentos debido, según detalla el autor, a motivos conexos a “la economía, el Ejército y el surgimiento del nacionalismo ruso” (p. 77-78). Se vislumbra, por tanto, una nación soviética erradicada y sustituida por un nacionalismo ruso que, refundándola, afianza la necesidad de contar con una nación.

Previa a la continuidad mencionada por Faraldo, la eclosión de este moderno nacionalismo había surgido en los años sesenta del siglo XX como identidad antagonista a la soviética por entender, en un sentido victimista, que ésta perjudicaba el desarrollo de su personalidad. La oposición a lo soviético era un elemento predicable de los procesos

de construcción nacional acaecidos a partir de 1991 aunque en Rusia había cobrado con anterioridad un perfil propio. Con la disolución de las estructuras soviéticas se produce la sustitución de ambas ideas nacionales. Se consolida la identidad rusa, adaptándose al nuevo marco de referencia estatal en un ámbito post-soviético donde Rusia trata asimismo de operar como potencia influyente en el concierto internacional. Por consiguiente, a la hora de definir las características del nacionalismo ruso, el libro de José María Faraldo expone las causas por las cuales un nacionalismo que debiera constituirse contrapuesto a lo soviético y fruto de su quiebra, se cimenta sobre su melancolía. En tanto que territorio aglutinador y situado en dos geografías continentales, cabría pensar en lo soviético como una identidad caleidoscópica que congregase a las quince repúblicas. Mantendría a la vez una yuxtaposición con la identidad rusa. No lograba subsumirla pero, dadas las dimensiones territoriales rusas y su función rectora en el conjunto de la Unión, no podía tampoco ignorarla. De esta forma, Faraldo considera que lo ruso nace en oposición a lo soviético aunque, durante el gobierno de Putin, ha llegado a nutrirse sustancialmente de la nostalgia neoimperial hacia lo soviético. En esa época ha situado su basamento y lo actualiza con los logros de la nueva nación. Con ello, el nacionalismo sustitutivo no borra caracteres de la identidad anterior sino que los adapta a su devenir. Por ello, Faraldo habla de nacionalismo “recreado” (p. 10) para calificar el sentimiento ruso consolidado durante el mandato de Vladimir Putin.

Al objeto de establecer sus bases teóricas, Faraldo se remonta al discurrir del nacionalismo durante el siglo XIX, cuyos planteamientos resultan determinantes en la configuración de un pasado imperial y expansivo que modela la cosmovisión del actual Estado ruso. Es el momento pre-revolucionario que ejemplifica el anclaje historicista del nacionalismo. No obstante, apelando a la continuación de identidades, el profesor Faraldo concibe la nación rusa como tributaria de la soviética. Se recurre a determinados episodios de una historia indistinguida de la URSS y Rusia. Al comentar el libro en el programa *SER Historia* de la *Cadena SER*, el autor alude al “elemento mitológico” que reviste a Lenin. En paralelo, la visión sobre Stalin es equiparable a la que se tiene del zar Pedro I en la labor de construcción del Estado. Esta recuperación es atribuible a que todos ellos encarnan los valores de la Rusia actual. Tal imagen asevera la perduración de unos determinados valores que se entienden consustanciales al pueblo ruso.

Una vez asentada la Federación Rusa sobre este sustrato de continuidad e historicismo, el recurso a la historia contiene los dos momentos referenciales de la actual identidad: la pertenencia al bando vencedor de la Segunda Guerra Mundial y la anexión unilateral de la Península de Crimea en 2014. En ambos se amalgaman la nostalgia y la grandeza sobre los que aspira a sustanciarse la identidad. El primero de ellos, fechado en 1945 y denominado Gran Guerra Patriótica, es un episodio soviético que desplaza a la Revolución de Octubre en el imaginario colectivo de la nación. Al cabo de las décadas, la perspectiva del hecho histórico constata la grandeza de lo ruso y soviético conjuntamente. Resulta significativo, no obstante, que ninguna de las dos fechas, 1945 o 2014, constituya momento de fundación nacional sino, antes bien, de despliegue de las capacidades de la nación y, a la par que hitos para definirla, son acontecimientos con trascendencia más allá de las fronteras propias. De hecho, la invasión de Crimea retoma esta lógica de esplendor en lo que se delimita como *exterior cercano* o *próximo*, aludiendo a un pilar básico de la Política Exterior que engloba a los países que pertenecieron a la URSS, a excepción de las tres Repúblicas bálticas. En

dicho contexto, Crimea supone la proyección exterior del concepto moderno de nación en un escenario donde Rusia puede extender el sentido de comunidad eslava.

Un aspecto de la explicación del profesor Faraldo es la cultura como raíz de la nación. Las tendencias diversas del pensamiento nacionalista acuden a ella para conformar un sustrato vinculado al *Volkgeist* como concepción esencial e inmutable del pueblo ruso y que cuenta con la lengua y su traslación literaria como manifestación. El ruso fue el idioma mayoritario hablado en la URSS y actuó como representación lingüística de lo soviético. La rusificación amplió el uso de esta lengua más allá de las fronteras rusoparlantes y desempeñó una función cohesiva en el *homo sovieticus*. Ello redundaba igualmente en la conexión originaria del sentimiento ruso con la esfera de lo soviético y subraya la idea de continuidad reflejada en el libro. Faraldo apunta a la literatura como concreción simbólica de la cultura y se detiene en la presencia temática del campesinado por ser “depósito de las tradiciones nacionales” (p. 56). Si bien el tema había sido literaturizado por los escritores clásicos decimonónicos, los autores soviéticos alientan el nacionalismo ruso moderno con el protagonismo idealizado del campesinado y la melancolía histórica entrevista en sus creaciones. Este imaginario cultural concede a los campesinos dos circunstancias que remiten a la filosofía del nacionalismo recreado. Por un lado, el victimismo expresado por los rusos hacia las políticas de la Unión Soviética e, igualmente, el sentimiento de pérdida de un modo de vida que exponía la historia y valores genuinos del arquetipo ruso. En tal elenco sobresale la figura de Valentin Rasputin con su obra *Adiós a Matiora*, publicada en 1976, y su percepción negativa “del mito soviético de la Revolución como revolución científico-tecnológica” (p. 57). Al ahondar en la sublimación del campesinado, cabe añadir que su influencia no sólo se ha ejercido en los límites del nacionalismo ruso sino que ha servido de emulación para otros nacionalismos.

Unida a la vertiente tematólogica, José María Faraldo aborda el análisis autoral de quienes comprenden la escritura como elemento cultural del nacionalismo. Alexandr Solzhenitsyn, Premio Nobel de Literatura en 1970, publicó veinte años más tarde un libro titulado *¿Cómo Reorganizar Rusia?* Editado entre la caída del Muro de Berlín y la disolución de la URSS, el texto cristaliza un pensamiento según el cual, atendiendo a parámetros culturales, medioambientales y demográficos, “Rusia había sido la gran víctima de la Revolución y del sistema soviético” (p. 64). Sin embargo, el horizonte nacionalista no es unánime; a su variada aportación teórica contribuye también el filósofo Dmitri Lijachov, citado como exponente de una idea universalista de Rusia cuyo entronque se sitúa en Europa.

La conjunción de los aspectos políticos y culturales conduce a la fragua del nacionalismo actual para definir a la nación y, con ello, a la Federación Rusa. Las características que Faraldo subraya del mandato putiniano son el conservadurismo de las políticas llevadas a cabo en un contexto de centralización del poder y estabilidad no exentas de miedo al extraño y tono reaccionario. Subyacente en la indagación sobre el desarrollo político y en la nostalgia inherente se encuentra la posición pretendida e irrenunciablemente imperial de Rusia. Baste anotar, en este punto, la posición con respecto al Océano Glacial Ártico, su condición de potencia nuclear o la pretensión de hegemonía en zonas del planeta que exceden los límites del mencionado *exterior cercano*.

En consecuencia, la exposición contenida en *El Nacionalismo Ruso Moderno* revela el diseño de nación por parte del Estado ruso tras la desaparición de la Unión Soviética. Faraldo lo denomina *sovietismo rusificado* (p. 118). Teoriza sobre la recreación de un nacionalismo

que sobrepuja a lo soviético aun cuando se justifique en la memoria de episodios gloriosos de la historia. Es un nacionalismo de conjunción o coincidencia de distintos factores ruso-soviéticos. La identidad rusa ha sido continuación de lo soviético y sus referentes desembocan en una idea de esplendor que aúna el pasado de los zares y las figuras señeras de Lenin y Stalin. La recreación nacional es la consecuencia de las sucesivas quiebras del Estado y, ante la discontinuidad estatal, la nación ha dotado de un rostro moderno a una identidad de continuación. La pervivencia histórica de tales valores radica en “la singularidad de la identidad y la historia de este gigantesco fragmento de Eurasia que ocupa la hoy Federación Rusa, pero que se extiende a otros territorios más allá de sus fronteras” (p. 8).

En sus reflexiones conclusivas, el libro está dedicado a los “rusos y rusas de hoy”, [que habitan] “un país cuya cultura es ahora tan fuerte y vital como en la época de los grandes clásicos de la literatura” (p. 119). La invocación del profesor José María Faraldo, hallada en el corolario del libro, busca a las personas de Rusia que se dejan entrever entre el propósito de la nación. Su dedicatoria las despoja del imaginario colectivo donde se desenvuelven en la cotidianidad. En ellos se bosqueja un sentido y proyecto de esperanza divergente de la identidad rusa modernamente definida. Esta identidad comenzaba a emerger mientras, tal vez, algunos paseantes descuidados del puerto de Las Palmas tan sólo distinguieran la monotonía de los barcos soviéticos por entonces encallados en el maremágnum de la identidad.